

ADRIANO MESSIAS

# EL MONSTRUO COMO CONDICIÓN HUMANA

ANTROPOCENO Y COLAPSO  
DE LA CIVILIZACIÓN

Traducción de José Luis Sansáns



PUNTO DE VISTA EDITORES

# Sumario

PREFACIO DE GUSTAVO RICK AMARAL	11
INTRODUCCIÓN	17
I. ANTROPOESCENAS	19
1. Antropoviolaciones bajo la Plaça del Rei	21
2. El hacedor de selfis	25
3. Los últimos y los primeros días	33
4. La cuestión catalana	55
5. El Antropoceno es (también) una queja	63
II. EL SUJETO EN EL ANTROPOCENO	69
6. El desierto de la comunicación humana	73
7. <i>The Walking Dead</i> y el destino pulsional de la humanidad	81
8. ¿De quién es la culpa?: decadencias de la metáfora paterna	91
9. Norman Bates al diván: una taxidermia sintomatológica de lo contemporáneo	101
10. Tres miradas sobre la melancolía	115
11. La literatura fantástica y el joven lector del siglo XXI	127
12. Zombis, cíborgs y fantasmas	141
III. ANTROPOTÉCNICAS	147
13. La invención de lo humano: antropotecnias	149
14. De los fantasmas en la tecnología hacia la tecnología fantasmagórica	157
15. Biociborguización: ¿qué cuerpo me pongo?	161
16. Máquinas célibes en el arte	167
LA SEDUCCIÓN POR EL/DEL ARTISTA	172
17. Cuando los robots se pongan Dior	177
18. Los robots humanoides y los problemas de diseño	189
19. Sloterdijk y la placenta: el hermano que (no) me diste	203

20. Siempre se nos escapa un gato: el bestiario de Baudelaire	209
21. Trastornados en el mundo poskafkiano	219
22. Un tipi para enfrentarse a lo real	225
IV. ANTROPOCENO: UN PUNTO DE NO RETORNO	231
23. ¿Estamos cerca del fin?	233
24. «Ingenuamente culpables»	239
POST-SCRIPTUM	243
25. El día que la Tierra se detuvo. Tanatopolítica y antropoceno	245
BIBLIOGRAFÍA	255
REFERENCIAS AUDIOVISUALES	273
ANEXO 1. LISTA DE REFERENCIAS A ANIMALES EN <i>LAS FLORES DEL MAL</i>	277
ANEXO 2. POEMAS ORIGINALES DE BAUDELAIRE, CON NUESTRAS TRADUCCIONES	282
NOTAS	289

*A Barcelona, la musa inspiradora  
que todo poeta quiso tener.*

*A Cataluña, hermosa tierra  
y dulce mar que serenan mi alma inquieta.*

## Prefacio

Tiempos turbulentos. Tierra en trance. En determinadas épocas, los acontecimientos y los procesos históricos empiezan a acumularse en el marco de nuestras puertas, instándonos a entenderlos, negándose a caber en los esquemas conceptuales que tenemos a mano. Estos periodos suelen exigirle mucho a nuestros teóricos. Las minucias de los procesos históricos que un día nos permitirán explicar el tiempo presente (tal vez con aquella facilidad que solo la mirada en retrospectiva nos permite) solo las perciben, en el calor de los acontecimientos, los más atentos de nuestros teóricos. No hay duda de que, en este inicio de siglo XXI, vivimos uno de esos momentos. Y tampoco hay duda de que Adriano Messias está entre esos teóricos.

Este ensayo que Adriano Messias nos entrega es fruto de un loable esfuerzo emprendido por el autor en los últimos años para desarrollar un método semiótico-psicoanalítico (constituido a partir de las tradiciones peirceana y freudo-lacanianana) capaz de captar y analizar los síntomas de la cultura en este turbulento panorama contemporáneo. Un excelente ejemplo de aplicación de ese método está en la investigación que desarrolló a lo largo de casi una década sobre la figura de lo monstruoso y de lo fantástico presentes en el cine y en la literatura, cuyos resultados se presentaron en el libro *Todos los monstruos de la Tierra: bestiarios del cine y de la literatura*, agraciado en Brasil con el Premio Jabuti en 2017. Así las cosas, después de que su recién desarrollado método se pusiera a prueba en un exhaustivo análisis de la fantasfera (término acuñado por el propio autor), Messias dirige su atención (y su método), en el presente ensayo, hacia uno de los temas más candentes de la contemporaneidad: el Antropoceno.

«Antropoceno» es el nombre, aún de contornos vagos y significado titubeante, que recientemente le hemos puesto a un fenómeno asustadoramente complejo: nuestra capacidad de modificar el planeta y consumir sus recursos (más allá del punto de no

retorno). El denominado Antropoceno es uno de esos temas que facilitan que el escenario actual esté repleto de desafíos que tienen un alto grado de exigencia de orden teórico (pero, también, práctico, puesto que los problemas que residen en él exigen acciones por lo general urgentes, sobre todo en los campos de la política y de la economía). Frente al tipo de complejidad exhibida por el Antropoceno, nuestros esquemas de análisis empiezan a fallar, lo que exige que probemos nuevas metodologías y enfoques. Ante tal complejidad, empezamos a perder nuestra confianza en la capacidad de que la ciencia nos ofrezca respuestas sobre lo que realmente importa: ¿qué nos perturba en este turbulento panorama? El malestar de hoy (que Messias rastrea, por ejemplo, en la ficción proyectada en las pantallas de cine, en el uso neurótico que hacemos de las nuevas tecnologías, en los efectos colaterales del turismo de masas en las ciudades europeas o en el odioso anverso de xenofobia y prejuicio de una utópica «Europa Unida») está fuera de los radares del discurso-tipo de una mentalidad científica todavía alimentada por el ideario positivista.

El tema del Antropoceno es un reto para nuestra capacidad de observar y pensar la condición humana de forma global. Lo que ahora se pone a prueba es la competencia de los investigadores y científicos, entrenados precisamente para solo *mirar las partes*, para que pasen a *mirar el todo*. Este ensayo y su método subyacente se nos presenta en un momento de inflexión de la historia de la ciencia moderna, cuando esta última viene, a duras penas, desprendiéndose de programas reduccionistas para tomar conciencia de que los retos contemporáneos exigirán la integración entre diversas áreas del conocimiento (y no la reducción de unas a las otras).

Los trabajos fruto de metodologías integradoras serán cada vez más comunes, tanto en las ciencias naturales como en las humanas. En estos primeros años del nuevo siglo, un ejemplo de obra de divulgación científica escrita con ese espíritu de integración son los libros del israelí Yuval Noah Harari, que están logrando llevar al gran público una perspectiva sobre la historia humana en la que el historiador recurre a conocimientos provenientes de las áreas de la física, la química, la biología, la neurociencia, entre otras. Este ensayo de Adriano Messias, así como el polifacético método intrínseco en él, refleja, por lo tanto, demandas de una época marcada por lo irreductible, lo inevitable y lo ineludible de

la complejificación de algunos de sus dilemas. Entre ellos está el Antropoceno, quizá el mayor de todos.

Es ampliamente sabido que la ciencia moderna nació bajo el signo de un comportamiento obsesivo-compulsivo por explicar, controlar y prever todo. En sus primeros días, la directriz general de la mentalidad científica fue bien resumida al principio del análisis: al depararse con un problema multiforme, había que romperlo en sus partes-componentes, lidiar con ellas y, posteriormente, unir las (mediante el proceso de síntesis). Con lo cual, al explicar el funcionamiento de las partes, creíamos poder entender el todo. Durante trescientos años, dicho principio parece haber funcionado muy bien en su tarea de guiar a la metodología científica y ayudarnos en nuestra obsesión por la explicación, el control y la previsibilidad.

La cuestión aquí es que este principio se mostró funcional solo mientras la parafernalia teórico-conceptual de la ciencia moderna estuvo orientada hacia el mundo natural, dentro de una escala cercana a los límites de lo que nuestros ojos humanos pueden alcanzar (por ejemplo, objetos macroscópicos y en un intervalo de tiempo relativamente corto). Las dificultades empezaron a aparecer cuando dirigimos la racionalidad científica y sus métodos a los problemas del mundo humano y cuando, en el mundo natural, empezamos a bajar o subir a escalas muy distantes de los límites de lo que podemos ver a simple vista. A partir de ese momento, es como si la realidad hubiese pasado a manifestarse por medio de fenómenos irreductiblemente complicados. En realidad, hemos sido nosotros quienes llegamos a zonas de la realidad innegablemente complejas, lo que nos está llevando a dudar de que dicho principio de análisis sería una llave que nos abriría la puerta de la comprensión de la realidad como un todo.

A comienzos del siglo xx, el avance del conocimiento científico en el campo de la biología empezó a hacer inviables los programas reduccionistas que venían siendo irradiados por el pensamiento positivista desde mediados del siglo anterior. Este proceso de reconocimiento de la complejidad no constituye solamente el hallazgo de bolsas de realidad irreductiblemente difíciles y el consiguiente abandono de la fe ciega en el principio de análisis y de programas reduccionistas, sino que también implica la concienciación de que nuestras representaciones teóricas del mundo no avanzarían hasta que encontrásemos un modo de integrar

teorías provenientes de diversas áreas del conocimiento. Uno de los nombres que le hemos dado a esta clase de integración ha sido «interdisciplinaridad». Mucho se ha escrito y propuesto sobre ello en la segunda mitad del siglo xx, pero poco se ha aprovechado. Tal vez esos intentos hayan fallado en su mayoría o hayan sido poco fructíferos, ya que el desafío de la interdisciplinaridad era, entonces, un problema de naturaleza predominantemente teórica (o con un alcance que abarcaba pocas disciplinas).

A principios del siglo actual, ese panorama cambió. La interdisciplinaridad ahora es, en primer lugar, un requisito de orden práctico que trae a remolque una cantidad increíble de desafíos de orden teórico. Y más que eso: es una exigencia para un problema urgente que se asoma en nuestro horizonte, dentro de una escala sin precedentes ni paralelos. El Antropoceno es una esfinge moderna. O lo desciframos, o nos devorará.

Alarmas y urgencias aparte, Adriano Messias no está preocupado en presentarnos planes de acción, recetas infalibles o consejos imperdibles para resolver problemas medioambientales o políticos, sino en tratar el Antropoceno como un extraordinario espejo para el *Homo sapiens*. La nueva era geológica se emplea en este libro como una oportunidad para presentar reflexiones sobre la propia condición humana. El enfoque desarrollado por el autor parte de un eje central: la característica distintiva del ser humano es su capacidad de simbolización, el propio pensamiento simbólico: «el ser humano reina en la falta y, por tanto, en el lenguaje». De esa tesis, Messias traza una línea de raciocinio que atraviesa su obra: aquello que pasamos a ver de forma más clara en el fenómeno antropológico dentro de las condiciones extremas que componen el Antropoceno ya formaba parte, desde siempre, del ser humano. Sin embargo, como el Antropoceno se plantea conceptualmente como una «fase» dentro de un sistema de periodización, se tiene la impresión de que se refiere a un periodo específico en el que empezamos a modificar el medioambiente de forma drástica, violenta y predatoria. Sin embargo, hace falta establecer un comienzo, y este se da con la aparición de nuestra especie, conforme propone el autor.

En la mejor tradición peirceana, Adriano Messias pretende presentarle al lector una historia humana enfocada en líneas de continuidad, y no en puntos de ruptura (cf. la doctrina peirceana del sinequismo). Además, el investigador argumenta, conforme al



pensamiento freudiano, que la vida humana (individual o colectivamente entendida) siempre ha estado bajo del péndulo de las pulsiones de vida y de muerte. Es esta última la que viene guiando, desde nuestros primeros pasos en este planeta, el comportamiento marcado por la agresividad contra el prójimo y contra el entorno.

La imagen para explicitar la conceptualización anterior es la célebre escena de la película *2001: una odisea del espacio*, de Stanley Kubrick, en la que nuestros ancestros inaugurarían la «era de la tecnología» con un homicidio perpetrado con la herramienta fundamental. No es por otro motivo por el que Messias empieza el ensayo llevando al lector de paseo por el pasado, retrocediendo capa por capa en el suelo de la ciudad que eligió como su laboratorio-clínica de la cultura: Barcelona. Así, en cada estrato de la historia civilizacional, muestra la acción siempre presente del principio activo del Antropoceno: la pulsión destructiva.

Al abrir el ensayo con esa especie de palimpsesto geológico-cultural, Adriano Messias presenta cómo se hilvanarán los diversos temas del libro, que van desde las tecnologías comunicativas contemporáneas hasta la xenofobia y las cuestiones migratorias, pasando por miradas en los síntomas de la cultura en películas, series y libros: una visión global del ser humano cosida con perspectivas teóricas semióticas y psicoanalíticas, y bordada con aportaciones de varias áreas del conocimiento. El presente ensayo, admirable manufactura de un teórico al corriente de su tiempo histórico, es contemporáneo en su forma y en su contenido, en su propuesta metodológica y en su finalidad teórica.

GUSTAVO RICK AMARAL

Semiótico. Profesor de Comunicación Social en la  
Universidad Anhembi-Morumbi de Sao Paulo, Brasil

## Introducción

Este libro es la continuación de mis estudios en torno al mundo audiovisual y a las grandes cuestiones que atraviesan lo humano en la contemporaneidad.

En mi tesis doctoral, *Todos los monstruos de la Tierra. Bestiarios del cine y de la literatura*, publicada en español por Punto de Vista Editores en 2020 y agraciada con un Premio Jabuti en 2017, abrí varios frentes de mirada y reflexión que resuenan ahora en *El monstruo como condición humana. Antropoceno y colapso de la civilización*. Esta obra se escribió y organizó durante parte de mis investigaciones de posdoctorado del Programa de Estudios Posgraduados en Tecnologías de la Inteligencia y Diseño Digital (TIDD) de la Pontificia Universidad Católica de Sao Paulo (PUC-SP/Fapesp), que contó con dos prácticas científicas en la Universitat Autònoma de Barcelona (UAB) y estancias en la Escuela Lacaniana de Psicoanálisis del Campo Freudiano (ELP).<sup>1</sup>

Son tres los pilares de teorización que propongo aquí: el primero, denominado «Antropoesenas», trata sobre el gran panorama del Antropoceno, la nueva era geológica (pero no solo) que se abre a la humanidad como un monstruo prácticamente indomable. Empleo una perspectiva también antropológica en esta parte, proponiendo introspecciones sobre el origen de la especie humana y sus interferencias en el planeta. Los textos que componen este bloque estuvieron inspirados y se produjeron mayoritariamente a partir de mis experiencias como investigador en España.

El segundo pilar, «El sujeto en el Antropoceno», recorre cuestiones pertinentes a la conformación de la subjetividad en el siglo XXI y a las características del malestar de nuestra época, con énfasis en la tónica de la decadencia de la metáfora paterna, según la visión lacaniana, y en las significativas irrupciones de actos perversos por todo el mundo, cada vez más ubicuos y mediatizados.

El tercer bloque, «Antropotécnicas», transita por las relaciones entre la tecnología y el cuerpo, como la creciente penetración

de robots, inteligencia artificial y ciborguización en la vida corriente. Tomo, en este momento, casuísticas provenientes de la ficción para reflexionar sobre el «mundo feliz» en el que nos situamos. Seguidamente, en mis consideraciones finales sobre este libro, presento algunas ideas sobre el Antropoceno como un punto de no retorno para la civilización.

Siempre de acuerdo con mi línea investigativa semiótico-psicoanalítica, que prioriza los aportes del universo artístico y mediático —en especial las películas, las series y las obras literarias—, persevero en la comprensión de la cultura como un complejo conjunto sintomático dispuesto en redes, presentando nudos y madejas que piden un desciframiento.

Todas las tres partes del libro chocan con el Antropoceno, nuestra piedra de tropiezo. Por eso, puse, ocupando el lugar de consideraciones finales, un número IV, donde discuto en qué medida el Antropoceno representa, para mí, un punto de no retorno. Puesto que, si, por un lado, la crisis del sujeto puede ser el preuncio de un nuevo orden ontológico, por otro, parece imposible que nos libremos totalmente del colosal catastrofismo de vasto prisma que nuestra especie ayudó a engendrar.

I

# ANTROPOESCENAS

## Antropoviolaciones bajo la Plaça del Rei

—El hombre, como buen simio, es animal social y en él priva el amiguismo, el nepotismo, el chanchullo y el comadreo como pauta intrínseca de conducta ética —argumentaba—. Es pura biología.  
—Ya será menos.

CARLOS RUIZ ZAFÓN, *La sombra del viento*

Ninguna forma de vida puede considerarse superior a las demás, porque ninguna está a salvo de la hecatombe.

JUAN LUIS ARSUAGA e IGNACIO MARTÍNEZ,  
*La especie elegida. La larga marcha  
de la evolución humana*

Enfrente del ayuntamiento de Barcelona, en 2016, había una gran pancarta blanca, escrita en inglés con letras negras, que decía: «Bienvenidos, refugiados». Mientras varios países y grupos étnicos de Europa vienen mostrando diversas posturas segregacionistas y xenofóbicas, especialmente durante los últimos años, hacia los miles de refugiados de Oriente Medio y del norte de África que continuamente aportan (cuando no mueren ahogados) en sus hermosas y pintorescas playas —para después cruzar fronteras problemáticas para llegar a una idealizada Alemania—, la ciudad mediterránea española hacía las veces de «buena anfitriona».

El registro de la imagen de la fachada del consistorio barcelonés, que reproduzco en este texto, me condujo a dos caminos iniciales que enseguida formaron una red de posibilidades para que reflexionase sobre mis recientes inquietudes como investigador: uno de ellos fue un artículo de Donna Haraway, con quien tuve el placer de intercambiar algunos *e-mails*; el otro, de matiz cinematográfico, fue el apocalíptico *Los últimos días* (2013), de los hermanos Pastor, cuya trama estaba ambientada en la capital catalana. Tanto el artículo científico de la investigadora estadounidense como la

película de catástrofes reiteran la angustiosa situación de no saber ponerle nombre al laberíntico caos que contemporáneamente impacta al *Homo sapiens* y a muchísimas otras especies del planeta. El Antropoceno, o como se le quiera llamar a «Eso» —pensando aquí a partir de Freud y Lacan, ya que el nombre, en este caso, actúa mucho más como un atenuador del pánico que como solución—, es el hiperobjeto más difícil que encara la humanidad, puesto que ha ido deformándose durante siglos en múltiples rostros para, hoy, asustarnos definitivamente con su mirada medusante. Y, en la acepción del filósofo Timothy Morton (2011, 2012), los hiperobjetos serían objetos con una escala y temporalidad tan grandiosas que excederían la capacidad perceptiva de los seres humanos, como una galaxia o un conjunto de átomos, por ejemplo.



Pancarta de apoyo a los refugiados  
en el ayuntamiento de Barcelona en 2016

Mi texto fue brotando en pliegues que me llevaron a recorridos y digresiones arqueológicos e históricos, lo que contribuyó a la redacción de este libro, cuyo recorrido se establece a partir de una demarcación geográfica no muy alejada del ayuntamiento de Barcelona: la Plaça del Rei, en el corazón del casco viejo.

Todos los días, cientos —y muchas veces miles— de turistas se acercan a esos organizados estratos arqueológicos subterráneos abiertos al público. Son ruinas que pertenecen al Museo de Historia de Barcelona (MUHBA), más concretamente a uno de sus espacios llamado Plaça del Rei. Al bajar por el ascensor —que literalmente funciona como un túnel del tiempo— hasta la parte inferior del museo para apreciar las remanentes callejuelas romanas, nos preguntamos hacia dónde puede estar yendo la civilización actual. Ocurre que las capas del yacimiento que hay debajo la Plaça del Rei, más que una ordenación temporal de hechos, denuncian la interrelación confusa y angustiante de diferentes demandas y orientaciones civilizacionales —estas, a su vez, causantes de la

destrucción de especies y ecosistemas, de la modificación no planificada del relieve y de la construcción de nuevas urbes sobre cimientos de pueblos derrotados—. En ese aspecto, se trata, también, del acto de tapar vestigios de los exterminios.

Si «¿hacia dónde estamos yendo?» es una cuestión que da pie a muchas especulaciones, «¿de dónde venimos?» tampoco presenta respuestas fáciles y rápidas: en el caso particular de Cataluña, la buena documentación histórica suele señalar, paso a paso, las capas político-económico-culturales que se superponen en la cabalgadura de los siglos: desde los asentamientos prehistóricos ibéricos<sup>1</sup> hasta los pueblos layetanos y la colonización romana, desde la invasión visigoda hasta la breve ocupación musulmana en ese rincón de la península ibérica, pasa por sucesiones de coronas intercaladas con guerras y genocidios. Son sucesos novelados por los libros de caballerías, por la interposición de blasones, por seductoras leyendas y, en lo concerniente a la estrategia turística de la Ciudad Condal inventada en el siglo XIX, por la elección de un estilo artístico medieval —el llamado Gótico catalán—, representante del deseo de un pasado varonil y emblema de anhelos independentistas. En el siglo XIX, la vuelta a un pasado presuntamente repleto de glorias estaba en consonancia con un romanticismo tardío orientado a la última fase del medievo (siglos XII-XV), cuando los centros de poder se desgarraban del desgastado feudalismo y se expresaban por medio de las primeras monarquías, del alto clero fuerte y, sobre todo, de las nuevas clases de comerciantes y banqueros adinerados, responsables de embellecer los espacios urbanos. Y este último aspecto obviamente interesó a las clases burguesas barcelonesas.<sup>2</sup>

En la transición del siglo XIX al XX, se experimentó, por lo tanto, un afán de embellecimiento forzado y de rememorar tiempos pasados, imitando lo que el arquitecto Eugène Viollet-le-Duc (1814-1879) había hecho en Francia. Este tipo de revalorización de la ciudad, impulsada por la fantasía del esplendor de antaño, ignoró, por ejemplo, las estrategias de saqueo, boicot, invasión, genocidio y extinción desarrolladas multidireccionalmente por grupos, etnias y pueblos rivales que pasaron por Cataluña durante milenios. En resumen, una extensa y compleja red de violentos actos antropocéntricos de toda clase.

*Destruir e ignorar*, verbos rectores de la pulsión de muerte, sobreviven clandestinamente en la lectura entre líneas que se puede

hacer de toda crónica heroica. Desde esta perspectiva, los subsuelos de Barcelona funcionan como ejemplos que ilustran los insistentes y bruscos cambios que nuestra especie, desde las organizaciones sociales más rudimentarias, vienen provocando en el planeta: el paisaje alrededor de la pequeña y latina Barcino, mitológicamente fundada por Hércules, fue, desde el siglo I a. C., por lo menos,<sup>3</sup> impetuosamente labrada, explotada, mineralizada, deforestada, excavada, desbravada, pastoreada, incinerada, plantada, cultivada, bombardeada, carbonizada, industrializada e *intolerada*. Esto se produjo, de manera más amplia, en un espacio de dos mil quinientos años, con tal vez un remoto punto de partida de hace 25 000 años, cuando los preneandertales del Paleolítico Medio poblaron la costa oriental ibérica e interfirieron en el ecosistema local. No obstante, las prácticas agrícolas y ganaderas, inicialmente, y, luego, la expansión urbana y comercial, y, finalmente, la industrial —esta última, en diversas fases que llegan hasta nuestros días— demarcan claramente lo que llamo «antropoviolaciones», las cuales servirán, en un futuro próximo, como elementos estratigráficos de lo que hoy se denomina Antropoceno.

Si bien no hay un consenso científico sobre cuándo empezó el hombre a modificar el mundo de tal forma que provocase alteraciones drásticas, se sabe que sus interferencias siempre han sido muy significativas en los ecosistemas en los que vivía, incluso cuando aún no era una especie dominante. Hay científicos que señalan que el Antropoceno surgió tras la Segunda Guerra Mundial; otros lo demarcan a partir de la emisión de gases pesados a la atmósfera durante y después de la Revolución Industrial; y hay quienes lo remontan incluso hasta la Ilustración, en el siglo XVIII, y hasta la época en que el británico James Watt inventó la máquina de vapor (1784). Otros estudiosos, entre los que me incluyo, también establecen hipótesis que se remontan a 8000 años atrás, basándose en las «exitosas» sociedades agrarias y en su impacto en el medio ambiente. Sin embargo, en lugar de las meras agresiones locales y regionales de antaño, lo que se discute ahora es que las interferencias humanas adquieren, cada vez más, una amplitud planetaria que dibuja un horizonte pesimista y catastrófico.